

# Mons. Polanco Brito

DR. ARTAGNAN PÉREZ MÉNDEZ

Quien escribe, desde el día primero de septiembre de 1946, era acólito en la parroquia Nuestra Señora del Rosario de Moca, bajo la rígida batuta del ex capellán del Ejército Nacional, Monseñor Carlos T. Bobadilla U.

Para esa época tuve mi primer contacto con el joven sacerdote Hugo Eduardo Polanco Brito, ordenado dos años antes de 1946.

Al inicio, “ese tío me cayó mal”. Muchos dominicanos somos así: nos caen mal las gentes, sin nada hacernos o decirnos.

En una que otra ocasión, el Padre Polanco Brito venía a Moca desde su nativa ciudad de Salcedo. El párroco me asignaba la ayuda en la misa, bajo pretexto de que yo era el que mejor respondía el latín y dominaba la liturgia de la época.

Pero el salcedense y yo, no congeniábamos mucho. Me llamaba la atención si el purificador no estaba inmaculadamente limpio; si tocaba muy fuerte (¿quién no?) la campanilla; si no vertía el vino en el cáliz sin sonarle los bordes...

Cuando años más tarde le asignaron la Diócesis de Santiago me limité a decir para mis adentros: “¡Qué vaina!”

Lo que vine a saber más tarde, es que el bendito Obispo, sentía gran cariño hacia mi persona. Del aprecio que me tenía hablaba con otros.

En el difícil año 1961, un grupo de jóvenes mocanos, entre ellos me encontraba yo, le hicimos conocer a Monseñor Polanco, mediante una carta, el proyecto de Universidad para el Cibao. Se “agachó” con la misiva, pero la idea no la guardó en saco roto, sino que vivificó el proyecto hasta convertirlo en realidad.



En sus afanes apostólicos, Monseñor Polanco trae los Cursillos de Cristiandad a su Diócesis de Santiago, auxiliado por dirigentes de la ciudad capital, con la sola excepción del Padre Domingo Panadero, que pertenecía a la Diócesis de Santiago.

Tanto Monseñor Polanco como el Padre Panadero, querían tener un equipo diocesano de dirigentes de cursillos. Es así, que me llaman a militar en el cursillo número 3 y para el número 6, ya estaba de Rector, llegando a dirigir más de ochenta cursillos de cristiandad, primero bajo el cayado de Monseñor Polanco y luego de Mons. Adames.

Mi entrega al ideal de los cursillos, aumentaron el aprecio del pastor Polanco hacia mi persona, el cual corona cuando me llama a través del Dr. Flavio Espinal, a impartir docencia en la Universidad Católica Madre y Maestra, en la cual trabajé durante 28 años consecutivos.

Después de mi ingreso a la Universidad en 1964, Monseñor Polanco fue enviado a Santo Domingo y luego a Higüey.

Pasaban los años, filtrándose en los intersticios del tiempo y aromatizados con la fragancia de una pura amistad de la cual el mitrado me dio muestras palpables, en muchas ocasiones, pero de modo especial, un buen día en que me encontraba “vacionando” junto a mis hijos y esposa, por las llanuras orientales. Un domingo me fui a la capilla de la sección El Higüero a oír la misa. Por suerte, quien oficiaba era el Obispo Polanco Brito. Semi-oculto, me quedé en uno de los últimos bancos de la capilla, para que el celebrante no notara mi presencia, en traje de vacaciones.

Cuando Monseñor terminó la homilía y yo creía que no había notado mi presencia, dijo: “las palabras restantes las dirá el Dr. Artagnan Pérez, quien se encuentra ocupando el último banco de esta capilla”.

Su cariño, amistad y aprecio, seguían vivas, como aquella tarde en que me visitó en mi casa para entregarme, personalmente y dedicado, un ejemplar de su obra Los Escribanos en el Santo Domingo Colonial y para reclamarme que no dejare de remitirle El Cirineo, Boletín que desde hace 32 años he venido haciendo circular entre los cursillistas de Cristiandad de Moca. Me dijo Monseñor Polanco: “No dejes de enviármelo, para no interrumpir mi colección”.



